

El nuevo orden económico internacional desde el punto de vista de los análisis de la dependencia*

OSCAR BRAUN

I

Es un lugar común señalar que el sistema capitalista mundial atraviesa una crisis tal como jamás había experimentado desde la segunda guerra mundial, y que las relaciones de poder, de fuerza, entre países imperialistas y dependientes,¹ y países imperialistas entre sí, están sufriendo modificaciones sustanciales. Pasemos revista brevemente sobre algunos de los acontecimientos más significativos de los últimos años.

Los mercados de materias primas experimentaron sustanciales modificaciones. En 1972 y 1973, el deterioro secular de los términos del intercambio de los países dependientes dio lugar a una brusca alza en los precios de la mayoría de las materias primas, impulsada por el fuerte incremento de la producción en los países centrales, dificultades transitorias en la oferta de algunos productos y falta de capacidad productiva para atender a la demanda en otros. Sin embargo, a partir de abril de 1974 esta alza se invierte bruscamente; la principal razón que explica este hecho es la reducción en la demanda provocada por la más seria recesión experimentada por los países capitalistas avanzados desde la segunda guerra mundial.

Algunos productos, en particular el petróleo, escaparon a la regla general. El cartel de productores de petróleo formado por los países de la OPEP logró quintuplicar los precios del fluido y mantener los incrementos logrados a pesar de la reducción en la demanda, limitando sustancialmente la producción. Esta situación es probable que se mantenga; un estudio de la Federal Energy Administration, que según la

* Este trabajo es una versión ampliada del presentado en la VIII Reunión de la Asamblea General de CLACSO, realizada en Noviembre de 1975 en Quito, Ecuador. Agradezco los comentarios de Víctor Manuel Durand Ponte y Fawzy Mansour.

revista Newsweek del 1-3-1976 fue declarado confidencial por el gobierno de los Estados Unidos dadas las pesimistas conclusiones a que llegaba, sostiene que el cartel de la OPEP está en condiciones de mantener su control sobre el mercado por varios años, y que el precio del petróleo podría incrementarse en el futuro próximo a US\$ 16.00 por barril, 40% más aproximadamente que el precio actual.

La técnica para mantener los precios es simple y efectiva. Reducir la producción a medida que disminuye la demanda, y hacer soportar el peso de la reducción sobre los países menos "necesitados", o sea aquéllos cuyos excedentes financieros son mayores. La edición recién citada de Newsweek señala que el volumen diario de producción de los países de la OPEP fue en 1975 de algo más de 27 millones de barriles por día, menos de dos tercios de su capacidad productiva. En particular Arabia Saudita redujo su producción a 6.8 millones de barriles diarios sobre un potencial de 11.5 millones, y Kuwait a 1.8 millones de barriles diarios sobre un potencial de 3.5 millones.

Los efectos del cartel petrolero han sido dramáticos. Aproximadamente US\$ 100,000 millones de recursos reales y financieros por año están siendo transferidos de los países importadores a los países de la OPEP. Esta cifra puede ser comparada con los aproximadamente US\$ 110,000 millones que constituyen la inversión bruta total de los países del tercer mundo y los US\$ 6,900 millones de dólares que constituyen la "transferencia neta" de recursos de los países del tercer mundo.²

A pesar del uso masivo, y en muchos casos despreocupado, que de sus nuevas riquezas han hecho los países de la OPEP para incrementar sus importaciones, sus excedentes financieros, como lo indica la Tabla I son aún substanciales.

TABLA I
(EN 1,000 MILLONES DE US\$)

	1975	1976
Exportaciones de petróleo	98.4	111.2
Otras exportaciones	6.4	7.4
Menos importaciones	56.1	67.3
Menos pagos por servicios (neto)	7.1	6.4
Excedente financiero	41.6	44.9

FUENTE: Estimaciones de la Tesorería de los Estados Unidos sobre el excedente financiero de los países de la OPEP, Financial Times del 8-3-1976, p. 23.

Se puede discutir largamente sobre los efectos a largo plazo de la nueva riqueza material y financiera acumulada por los países de la OPEP; por el momento nos limitamos a señalar la magnitud sin precedentes del hecho en sí.

Si bien el cartel petrolero por su peso cuantitativo oscurece hechos similares, es de destacar que mediante acciones monopólicas de restricción de la oferta los productores de fosfatos y bauxita han logrado resultados relativamente comparables a los de los productores de petróleo. Y otros productores de materias primas, como los exportadores de cobre, estaño, bananas, té, etcétera, están estudiando los medios de imitar los exitosos carteles del petróleo, la bauxita y los fosfatos.

Mientras todo esto ocurría en el campo del comercio de materias primas, en los distintos foros e instituciones internacionales novedosas iniciativas tenían lugar. La Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó en Mayo de 1974 la Declaración y Programa de Acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional. En Septiembre de 1975, también en el marco de las Naciones Unidas, los países más avanzados, incluyendo a los Estados Unidos, aceptaron una serie de propuestas presentadas por los países del llamado Grupo de los 77 que reiteradamente habían rechazado en el pasado. Mientras tanto se sucedían las reuniones de los países del Grupo de los 77, que iban concretando posiciones cada vez más radicalizadas en lo que se refiere a sus relaciones y negociaciones con los países capitalistas más avanzados. La última conferencia del grupo de los 77, la tercera conferencia de ministros de relaciones exteriores que culminó en Manila el 7 de febrero de 1976, adoptó la "Carta de Manila" y un "Programa de acción", con una serie de exigencias que, de concretarse, realmente conformarían pasos significativos hacia el establecimiento de un "Nuevo Orden Económico Internacional". Por último, cabe mencionar la llamada conferencia Norte-Sur de París, inaugurada el 11 de febrero, donde 4 comisiones compuestas por países capitalistas avanzados, países del tercer mundo y países de la OPEP, discuten sobre los problemas de la energía, asuntos financieros, desarrollo y materias primas. Los países capitalistas avanzados que hasta ahora habían rechazado sistemáticamente las sugerencias y pedidos realizados por los países del tercer mundo desde la primera reunión de la UNCTAD en 1964, ahora, al menos, se sientan a la mesa de negociaciones.

La observación de esta novedosa y compleja realidad nos lleva a formularnos una serie de preguntas. Hasta qué punto los países capitalistas avanzados han modificado o piensan modificar su política económica respecto a los países dependientes. ¿Qué significado tiene el nuevo nacionalismo económico de los países dependientes? Se ha producido una modificación sustantiva en las relaciones de fuerza en el plano internacional. ¿Qué políticas pueden adoptar los países del tercer mundo a fin de modificar en su favor el orden económico internacional? ¿Qué efectos socio-políticos tendrán sus políticas, tanto en el interior de esos países

como sobre los países avanzados? Tratar de responder al menos tentativamente a estos interrogantes es el objetivo de este trabajo.

II

Antes de pasar a discutir la problemática actual del nuevo orden económico internacional, el significado de las nuevas relaciones de poder entre países avanzados y países del tercer mundo, se hace necesario pasar revista al concepto teórico de "nacionalismo", y al rol que juegan, en el orden internacional ciertas nuevas instituciones, particularmente las llamadas corporaciones "transnacionales".

El significado del "nacionalismo", y fenómenos asociados como el "populismo" o el "tercermundismo", han presentado tradicionalmente serias dificultades a los teóricos marxistas. Las posiciones han variado desde la calificación del nacionalismo y del populismo como fenómenos aberrantes o epifenómenos que oscurecen los conflictos entre clases que son el verdadero "motor" de la historia, hasta la aceptación acrítica de un nacionalismo "positivo" —el nacionalismo del tercer mundo— y un nacionalismo "negativo" —el de los países imperialistas—. Hoy, algunos agregan el "social-imperialismo" como otra forma "negativa" de nacionalismo.

Pensar que el nacionalismo no es un elemento fundamental en el desarrollo de la historia del capitalismo, tanto en el centro como en la periferia, implica cerrar los ojos a las más obvias realidades. Tanto la ideología burguesa de los economistas clásicos, como los primeros autores marxistas —incluido Marx— esperaban que el desarrollo del capitalismo y su expansión a escala mundial debían producir una cierta uniformidad en las estructuras económico-sociales de cada país tendiente a hacer desaparecer los conflictos nacionales. En la versión burguesa el resultado sería el progreso indefinido y la paz perpetua una vez desaparecido el poder de las oligarquías agrarias y los señores feudales siempre ansiosos de gloria y de guerra; en la versión marxista los conflictos nacionales serían substituidos por la guerra civil entre el proletariado universal y la burguesía mundial. Que ninguna de ambas cosas ha ocurrido es obvio. Guerras permanentes, cada vez más catastróficas han acompañado el desarrollo del capitalismo; las revoluciones sociales por su parte han tenido lugar siempre como consecuencia de las guerras nacionales, o asociadas a una guerra de liberación nacional. Negar la importancia del factor nacional en la evolución del capitalismo, y en el origen de los distintos accesos al poder de movimientos socialistas, implica substituir la historia real por una lectura crudamente ideológica de la realidad.

Por otro lado el simple juicio moral sobre el nacionalismo, el nacionalismo "positivo" del tercer mundo, y el nacionalismo "negativo" de los países avanzados, es una simplificación de la realidad y carece de

contenido teórico. Por supuesto que es mejor el nacionalismo de un Fidel Castro que el de Hitler, que no podemos comparar el nacionalismo de la clase obrera de los Estados Unidos, con el nacionalismo de las masas campesinas en China. Pero ¿dónde ubicamos el nacionalismo mexicano o venezolano? ¿Qué juicio nos merece el nacionalismo de los países árabes, incluso aquéllos cuyas estructuras sociales son las más atrasadas? No parece posible, sin forzar extremadamente las cosas —por ejemplo afirmando que no existe un verdadero nacionalismo mexicano o argelino— liberarse del problema del nacionalismo mediante juicios morales.

Por otro lado un juicio moral no es un juicio científico. Aún suponiendo que pudiéramos identificar nacionalismos positivos y negativos (algunos totalmente puros y santos, y otros totalmente diabólicos), quedaría sin responder la pregunta del origen del fenómeno nacional que, como señaláramos más arriba parece ser un elemento crucial en la historia de los últimos dos siglos.

Lo cierto es que el marxismo no ha dado una respuesta adecuada al problema del nacionalismo. Permitaseme citar extensamente del magnífico artículo reciente de Tom Nairn, del cual se toman muchas de las ideas de esta sección.

“La teoría del nacionalismo representa el gran fracaso histórico del Marxismo. Puede haber tenido otros también, y algunos de éstos han sido más debatidos: las falacias del marxismo sobre el problema del imperialismo, el Estado, la tasa decreciente de ganancia, la miseria creciente de las masas, son viejos campos de batalla. Sin embargo, ninguno de éstos es tan importante, tan fundamental, como el problema del nacionalismo, tanto teóricamente como en lo que se refiere a la práctica política. Es verdad que otras corrientes del pensamiento occidental no han tenido mejores éxitos. El Idealismo, el Historicismo Germano, el liberalismo, el Darwinismo y la sociología moderna han fracasado tanto como el Marxismo en este tema. Pero esto no es un consuelo para los marxistas. Las pretensiones científicas y la significación política de sus ideas son mayores que las de sus rivales, y nadie puede escapar al sentimiento que hubieran debido tener mayor éxito en el análisis de un fenómeno central, inescapable de la historia moderna. Mi tesis es que ese fracaso es inevitable. Era inevitable pero puede ser ahora entendido. Lo que es más, puede ser entendido en términos materialistas”.³

El desarrollo capitalista no ha procedido de manera uniforme. La dominación imperialista es un fenómeno central del desarrollo capitalista. La explotación imperialista una variable crucial en el desarrollo de los países centrales. El desarrollo desigual, una consecuencia, inevitable de esa dominación y explotación.

Este proceso de desarrollo desigual es, según Nairn, el origen del fenómeno nacionalista. “Las expectativas avanzaron mucho más velozmente que el progreso. Las élites de la periferia no tenían otra opción que tratar de satisfacer esos deseos tomando las cosas en sus propias manos. “Tomar las cosas en sus propias manos”, denota, naturalmente, una buena

parte de la sustancia del nacionalismo... "Cómo estas élites deseaban fábricas, parlamentos, escuelas, etcétera, tenían de alguna manera que copiar a los líderes; pero de alguna manera que rechazaba la simple implantación de estas cosas por la intervención directa y el control extranjero".⁴ Sin embargo, para llevar a cabo este proceso de modernización los requisitos materiales faltaban, lo único que "estaba allí" era el pueblo y las peculiaridades de la región; la movilización de las masas y la alianza entre clases era el único medio disponible; de aquí que el populismo se encuentra invariablemente unido al nacionalismo. El deseo simultáneo de copiar a los líderes, y rechazarlos, origina una ambigüedad, una ambivalencia que distingue casi todas las formas de nacionalismo.⁵

El nacionalismo de la periferia —el nacionalismo alemán, italiano o japonés del siglo 19, el nacionalismo tercermundista del siglo 20— se expandió al centro donde provisto de los medios materiales para imponerse mundialmente asume sus formas más negativas —el fascismo alemán o el moderno imperialismo yanqui—. Pero sin negar las diferencias entre un tipo de nacionalismo y el otro debemos aceptar que todo nacionalismo es por naturaleza ambivalente. "Esta ambigüedad simplemente expresa la *raison d'être* histórica general del fenómeno. Que es el hecho que a través del nacionalismo las sociedades tratan de proyectarse hacia adelante para alcanzar ciertos objetivos (industrialización, prosperidad, igualdad con otros pueblos, etcétera), *a través de un cierto tipo de regresión* mirando hacia adentro, utilizando en profundidad sus recursos propios, resucitando héroes folklóricos del pasado y sus propios mitos, etcétera. Estas fuentes idealísticas y románticas se adhieren a todos los tipos de nacionalismo".⁶

En algunos países de la periferia encontramos el nacionalismo aliado al socialismo, donde ambos constituyen una formidable alianza para salir del subdesarrollo. "El nacionalismo derrotó al socialismo en las zonas altamente desarrolladas, forzándolo hacia afuera, hacia áreas sucesivamente más atrasadas donde necesariamente formaría parte del gran esfuerzo compensador para alcanzar a los otros —una ideología del subdesarrollo y de la industrialización más que de la sociedad postcapitalista... Sin embargo, esta derrota también ha implicado la difusión del socialismo a través del mundo a un ritmo más rápido que el imaginado por los padres fundadores —ha significado que, finalmente, el capitalismo ha sido incapaz de unificar al mundo a su imagen".⁷

Este intento de análisis del nacionalismo a partir de su base material —el desarrollo desigual de las fuerzas productivas—, de su desarrollo dialéctico —reflejos del nacionalismo de la periferia en el nacionalismo del centro—, es el tipo de análisis que la teoría marxista debería profundizar. No se trata tanto de señalar si el nacionalismo es bueno o malo; es un hecho que ha acompañado el desarrollo capitalista prácticamente desde sus inicios y que seguirá acompañándonos por mucho tiempo. Se trata de tratar de entenderlo y de entender sus efectos. No pretendo contribuir demasiado a este análisis que escapa a mis competencias, y las citas del

artículo de Nairn no hacen justicia a la riqueza de su trabajo. Pero en este trabajo trataremos de estudiar ciertos elementos de un "nacionalismo económico" que parece estar desarrollándose en el seno del tercer mundo, y parecía útil encuadrar esa discusión en un marco teórico más general.

El nuevo nacionalismo económico se manifiesta en múltiples formas: Por un lado tenemos los intentos de controlar los precios de las materias primas que exportan los países dependientes, por el otro las nacionalizaciones de empresas extranjeras que en muchos países se han efectuado. En el plano político-ideológico tenemos las nuevas mayorías en los foros internacionales donde sistemáticamente se vota en contra de los deseos de los países centrales, y el consenso que va desarrollándose en múltiples ámbitos, incluso algunos bastante ortodoxos, sobre la necesidad de una estrategia de desarrollo autónoma (self reliant).

No es el caso de examinar ahora todos los aspectos de este nuevo nacionalismo. Pero hay un punto esencial que deseo destacar. El mismo puede enfrentarse a los *Estados* imperialistas, o los intereses de los *pueblos* (o amplias capas de la población) de esos Estados. Esto no significa necesariamente que representa una contradicción insalvable con los intereses de las grandes corporaciones transnacionales, aun cuando estoy lejos de aceptar la tesis, un poco inocente, de que fenómenos tales como el alza de los precios del petróleo no es más que un complot llevado a cabo para su propio beneficio por los grandes monopolios petroleros, (cuyas ganancias, es cierto han aumentado considerablemente).

En efecto, las corporaciones transnacionales, desde el momento en que dejan de considerar un mercado como su habitat natural para tomar el mundo como zona de operaciones, pueden tener intereses contradictorios con los de sus estados nacionales. Por ejemplo, la transferencia de una parte importante de la producción industrial al tercer mundo, donde los salarios son menores, los problemas de control de la polución inexistentes, la organización sindical débil, etcétera, significaría casi seguramente un incremento en su rentabilidad. Una nueva división internacional del trabajo, con una explotación creciente de las enormes disponibilidades de mano de obra del tercer mundo, aparece a sus ojos como sumamente racional. Y si bien estamos lejos de pensar que esta nueva división internacional del trabajo solucionaría los problemas del tercer mundo, también está claro que no necesariamente satisfaría los intereses de los Estados imperialistas. Y menos aún los de importantes sectores privilegiados de la clase obrera de los países centrales que ya han comenzado, hace varios años, a organizar la resistencia contra las "industrias en fuga" (runaway industries) que buscan incrementar sus ganancias trasladando parte de sus actividades a los países del tercer mundo con bajos salarios —y regímenes políticos que proveen "seguridad"—.

Estos breves comentarios no pretenden ser un análisis a fondo del fenómeno de las corporaciones transnacionales. Sólo mostrar con un ejemplo concreto la complejidad de la situación actual, las ambigüedades del nuevo

nacionalismo de los países del tercer mundo y las nuevas contradicciones que parecen surgir en los países más avanzados.⁸

Las variaciones en los precios de las materias primas, la formación de carteles de productores, el nuevo nacionalismo de los países del tercer mundo, la expansión de las empresas transnacionales, y además elementos mencionados en las dos secciones anteriores, nos llevaban a plantearnos una serie de preguntas mencionadas al final de la primera sección. Intentaremos en una primera instancia encarar dos de ellas: ¿Han modificado o piensan modificar sustancialmente los países imperialistas sus políticas respecto a los países dependientes? ¿Se ha modificado en forma sustantiva la relación de fuerzas en el plano internacional, y en particular deberíamos esperar en el futuro un incremento sustantivo de los precios de las materias primas?

La respuesta a estas preguntas puede entrañar un doble riesgo. El más grave, la revitalización de las ideologías desarrollistas a partir de una lectura superficial de los recientes cambios en la economía mundial. Pero también corremos el riesgo de minimizar los recientes acontecimientos, adoptando el punto de vista socialista de los análisis de la dependencia, y no modificar y adaptar éstas a las nuevas realidades.

La ideología desarrollista, en sus múltiples variantes, descansa finalmente en el falso postulado de la no existencia de contradicciones fundamentales entre los países imperialistas y los países dependientes; es decir, en la creencia de los beneficios mutuos que el desarrollo de los países dependientes traería aparejado. Esta idea se reitera en particular en todos los documentos producidos por las Naciones Unidas y sus organizaciones, como por ejemplo la UNCTAD. Estos beneficios mutuos existirían en el plano económico; el desarrollo de los países dependientes se supone abriría nuevos caminos al comercio y la inversión internacionales. Pero aún si en algunos casos los países imperialistas debieran efectuar ciertos sacrificios, en el campo de la ayuda exterior o la liberación del comercio, estos sacrificios se verían compensados en el plano político pues el desarrollo de los países dependientes promovería la estabilidad política y social al nivel mundial.

Los países imperialistas, muy razonablemente desde su propio punto de vista, se han negado a aceptar la validez de estas proposiciones. Y así, desde la primera UNCTAD en 1964, reiteradamente se han negado a aceptar las propuestas que en el plano del comercio, de la ayuda exterior, de la transferencia de tecnología, etcétera, realizaban los países dependientes. O cuando algunas de estas propuestas eran aceptadas, como en el caso del Sistema Generalizado de Preferencias, se hacía de forma de anular en la práctica, al implementar el sistema, su relevancia teórica.

Sin embargo, ahora nos dirán quizás los ideólogos del desarrollismo, las cosas están cambiando, la actitud de los países avanzados comienza a modificarse. Nada podría estar más alejado de la verdad.

La contradicción entre países imperialistas y países dependientes sigue hoy vigente, en los mismos términos en que los análisis de la dependencia

lo han señalado en múltiples ocasiones. Lo que ocurre es que esta contradicción no se resuelve tan fácilmente en favor de los países imperialistas como en el pasado; el éxito obtenido por el cartel de la OPEP ha mostrado con claridad que existen ciertos límites al poder de los países centrales.

Es a partir de esta constatación que los países imperialistas han modificado sus tácticas de negociación y flexibilizado sus posiciones. No han súbitamente comprendido la verdad encerrada en las propuestas desarrollistas; pero ante el riesgo de una confrontación global entre centro y periferia, utilizan el arma de la negociación para evitar males mayores.

Si descartamos pues la ideología desarrollista, queda por ver cómo se interpretan los recientes acontecimientos en el marco de los análisis de la dependencia, y qué nuevas posibilidades se abren ahora para los países dependientes. A esto dedicaremos lo principal de las páginas que siguen.

No es el caso aquí de reiterar los temas que largamente han abordado aquellos que han elaborado los análisis de la dependencia. Quiero sin embargo, hacer un breve resumen de los elementos que considero sustantivos en ese campo teórico, para poder luego discutir cuáles de ellos, si algunos, deberían ser modificados a la luz de la situación económica mundial actual. Estos podrían ser agrupados en los cuatro grupos que siguen.

1. El subdesarrollo es una consecuencia del desarrollo del capitalismo a escala mundial. Esta proposición que ha sido establecida y desarrollada por distintos autores, particularmente Gunder Frank, se opone a la tesis ortodoxa que considera el subdesarrollo como un retraso que ciertos países padecen respecto al crecimiento de los más avanzados. Señala cómo desde los inicios del capitalismo, éste desarticuló y reorganizó en formas beneficiosas para sí mismo las sociedades africanas, asiáticas y latinoamericanas; cómo esta desarticulación y reorganización significó un freno al desarrollo; y cómo la actual estructura económica y social de las sociedades dependientes y su articulación con el capitalismo central, sigue constituyendo hoy el principal obstáculo para el desarrollo.

2. El desarrollo capitalista es un desarrollo desigual. El desarrollo del capitalismo a escala mundial, crea estructuras económico-sociales desiguales, que concentran la mayor parte del poder en manos de los países centrales. Este monopolio del poder en el plano de la estructura económica, es función de factores económicos y no económicos; siendo los principales: i) el mayor desarrollo de las fuerzas productivas en los países centrales, y en particular su monopolio sobre los medios de reproducción ampliada del capital; es decir de las industrias y de la tecnología que fabrican bienes de capital. ii) La diversificación, tanto en lo que se refiere a productos y regiones, del comercio internacional de los países centrales, en comparación con la concentración en pocos productos y pocos mercados de las exportaciones de los países dependientes. Esta

concentración, claramente implica una posición relativamente débil cuando se trata, por ejemplo, de negociar acuerdos comerciales. iii) El control ejercido sobre la industria que se desarrolla en el tercer mundo, por parte de las grandes compañías multinacionales. Este control puede ser directo, a partir de la propiedad de los medios de producción, o indirecto a partir del control de la tecnología, la comercialización, etcétera. iv) El monopolio casi total que, sobre el desarrollo de nuevas tecnologías, tienen los países imperialistas en el mundo capitalista. v) El mayor desarrollo organizativo y el control de los canales comerciales mundiales que poseen las empresas multinacionales basadas en los países imperialistas. vi) Las estructuras de clase que el desarrollo desigual ha generado en los países dependientes. Las clases dominantes de estos países; oligarquías terratenientes, burguesías comerciantes, burguesías de Estado, o burguesías industriales dependientes; tienen poco interés o pocas posibilidades (sin afectar sus propias situaciones de poder) en modificar el *statu quo* del capitalismo mundial. vii) El dominio por parte de los países imperialistas de los mecanismos de difusión ideológica; y la difusión, a partir de ellos, de ideologías favorables a sus intereses. viii) El poder militar de los países imperialistas.

3. El desarrollo del subdesarrollo, y su consecuencia, el desarrollo desigual del capitalismo permite la explotación de los países dependientes en favor de los países imperialistas; esta explotación es un elemento básico en el desarrollo de estos últimos. La explotación de los países dependientes se efectúa a partir de diferentes mecanismos, y estos han ido cambiando a lo largo del tiempo. Hoy, los más importantes son: i) el intercambio desigual; o sea la imposición de términos del intercambio favorables para los países imperialistas. ii) El drenaje de beneficios, intereses, etcétera, desde los países dependientes hacia los países imperialistas. iii) La realización de beneficios monopólicos, aparte de aquellos derivados del intercambio desigual, en el comercio de bienes y servicios, y en la venta de tecnología.

4. El desarrollo de los países dependientes sólo es posible a partir de la revolución social y la ruptura de vínculos con el mundo capitalista. Una modificación profunda de las estructuras sociales es un prerequisite para el desarrollo; en particular el establecimiento de una sociedad socialista. Esto debe ser complementado con una estrategia de desarrollo autónoma (self reliance), o con una estrategia colectiva de desarrollo autónomo (collective self reliance).

¿La actual crisis del capitalismo debería llevarnos a modificar algunas de estas proposiciones? Creo que la respuesta debe ser, en general, negativa; si bien en algunos casos deberíamos tratar de modificar o corregir, el alcance de las mismas.

La acción de la OPEP, y el incremento que los países miembros de la misma han logrado en el precio del petróleo, muestran que si bien por

todo lo señalado más arriba el poder relativo de los países imperialistas es muy grande, en algunos casos esta situación puede invertirse o al menos parcialmente modificarse. Los países imperialistas también son "dependientes", en el sentido de que su desarrollo requiere como condición indispensable, la provisión por parte de los países dependientes de materias primas a bajos precios. La utilización inteligente de aquellos elementos de poder con que cuentan los países dependientes, puede mejorar su situación relativa en la estructura económica mundial.

Esto nos llevaría a corregir parcialmente la proposición respecto a la necesidad de desarrollo autónomo de los países dependientes; a la necesidad de cortar, o reducir al máximo, los contactos de éstos con los países imperialistas. En efecto si bien sigue siendo cierto en general que el desarrollo autónomo es la mejor vía para el desarrollo, pareciera que en aquellos casos en que los países dependientes pueden obtener condiciones favorables para su comercio y otras relaciones con los países imperialistas, las mismas deberían ser mantenidas. Por ejemplo, es indudable, que la República Popular China obtendrá ingentes beneficios de la explotación de los yacimientos petrolíferos recientemente descubiertos, mediante la exportación de parte de la producción hacia los países capitalistas.

Si existen ciertas posibilidades nuevas en la estructura económica mundial ¿sigue siendo cierto que el socialismo es una condición necesaria para el desarrollo? ¿regímenes capitalistas reformistas no pueden ser un instrumento apto para el desarrollo?

Esta pregunta está mal planteada. El argumento en favor del socialismo no está basado en que este sea "un mecanismo para salir del subdesarrollo"; aun cuando de hecho *también* sea eso. El argumento a favor del socialismo está basado en los propios méritos de una sociedad socialista, y en los vicios del sistema capitalista. Además ocurre que en la mayoría de los casos los países capitalistas dependientes son incapaces de salir del subdesarrollo; y que de todos modos cuando parcialmente lo logran este desarrollo no beneficia más que a pequeños grupos privilegiados. Y por último no puede dejar de enfatizarse que todas las ventajas que pueda lograr un régimen capitalista reformista en el marco de una reorganización del orden económico mundial, también puede lograrlas, y con más seguridad y más rápidamente, una sociedad socialista.

Dejamos pues de lado el argumento de "reformismo o socialismo", para pasar a analizar los cambios recientes en la estructura económica mundial, y las posibilidades que éstos abren a los países dependientes.

VI

La actual crisis del capitalismo, es el reflejo de sus contradicciones principales. El crecimiento continuado del capitalismo monopolista depende fundamentalmente de dos factores: a) la disponibilidad de fuerza de trabajo; la existencia de una clase trabajadora despojada de los me-

dios de producción y dispuesta a trabajar por un salario —que se incrementa quizás a lo largo del tiempo— en un contexto alienado y sujeto a las necesidades y la disciplina que impone el capital; b) la disponibilidad de un flujo creciente de materias primas, a precios reales constantes o decrecientes, lo que permite el crecimiento industrial con una tasa de ganancia constante aun si los salarios reales se incrementan en el centro al mismo ritmo que la productividad.

Tanto la clase obrera en el centro, como los países dependientes, se han opuesto con fuerza creciente en los últimos años a cumplir el rol que el capital monopolista les asigna. La mayor militancia de la clase obrera en el centro, desde fines de la década del sesenta, ha sido acompañada por la renuncia de los países dependientes a seguir actuando como proveedores de materias primas baratas. El mejor ejemplo de esto último, es la formación de la OPEP y sus acciones tendientes a aumentar el precio del petróleo; ejemplo que intentan imitar otros países productores de materias primas mediante la formación de carteles de productores.

Enfrentado a estos cuestionarios, el capital monopolista responde mediante todo tipo de acciones defensivas: ideológicas, políticas e incluso militares. Pero la mejor arma en esta batalla ha sido la crisis económica actual.

La crisis actual, la recesión y la inflación, no han sido evidentemente provocadas por el alza en los precios de las materias primas como sugieren muchos comentaristas en los países imperialistas. El aumento en los precios debido al alza en los costos de producción producido por el aumento en los precios de las materias primas, es una fracción insignificante del incremento total que han sufrido los precios de los productos industriales. Similarmente, la reducción en el nivel de la demanda efectiva en términos reales —para un nivel dado de ingreso monetario— producido por el alza en los precios de las materias primas, es sólo una fracción de la reducción en la demanda efectiva ocurrida en los últimos 18 meses. Y de todas maneras, si quisieran usarlos, los gobiernos de los países industrializados tienen a su disposición instrumentos de política fiscal y monetaria aptos para incrementar el nivel de la demanda efectiva.

Lo que en realidad ha ocurrido es que los países imperialistas han deliberadamente inducido la más grave recesión mundial desde la crisis de 1930 mediante la implementación de políticas fiscales y monetarias restrictivas. Estas políticas han sido justificadas con el argumento de la lucha contra la inflación; inflación producida por el mismo funcionamiento del capital monopolista que logra traducir en precios más altos **los mayores costos salariales** consecuencia de las concesiones que el capital debe efectuar frente a las mayores exigencias de la clase obrera.

Esta política de recesión deliberada ha sido a veces hecha explícita. En Noviembre de 1974, el ministro de Economía de Gran Bretaña declaró: "si los salarios se incrementan por encima de los límites establecidos por el Trade Union Council, el gobierno se verá obligado a tomar medidas compensatorias que disminuyan la demanda. Y los efectos de

estas medidas en la posición financiera de las empresas, necesariamente llevarán al desempleo". En otras palabras, si los obreros piden aumentos de salarios, el gobierno se ocupará de dejarlos sin trabajo.⁹

La recesión no es sólo una arma contra la clase obrera de los países imperialistas. Ha sido extremadamente efectiva en reducir la demanda de materias primas, dificultando así los esfuerzos de los países productores y de sus carteles, por estabilizar o aumentar los precios de sus exportaciones. De hecho, el alza en los precios de las materias primas que tuvo lugar en 1972/73, se revierte bruscamente a partir del primer trimestre de 1974. Incluso el precio del petróleo en términos reales ha declinado substancialmente, aun cuando la reciente reunión de la OPEP logró determinar un nuevo incremento del 10% del precio en términos nominales. Debe destacarse sin embargo la particularidad del caso del petróleo. En primer lugar, la demanda de petróleo es altamente inelástica respecto a los precios; en segundo lugar, el grupo de países exportadores es relativamente pequeño, lo que facilita los acuerdos; en tercer lugar, y ésto es quizás lo más importante, las amplias reservas de divisas con que cuentan los países de la OPEP les permiten sobrellevar dificultades en sus balanzas comerciales que podrían sobrevenir si, para mantener los precios, deben reducir substancialmente el volumen de sus exportaciones.

Este último punto ilustra uno de los elementos cruciales en la fijación de los precios de las materias primas. Cuando un grupo de países está en una situación relativamente autónoma —en el sentido que no se ve compelido a exportar más y más para pagar por sus importaciones indispensables— se encuentra en una posición negociadora fuerte. Esto le permite incrementar los precios de sus exportaciones, lo cual a su vez, aumenta su autonomía. La política de recesión deliberada no fue exclusivamente británica. En los Estados Unidos "la severidad de la presente recesión puede en gran medida ser atribuida a las políticas monetarias y fiscales restrictivas". En Francia, "en el otoño, las medidas antiinflacionarias tomadas a mitad de año por el gobierno —combinadas con el deterioro de la coyuntura internacional— redujeron rápidamente el ritmo de la expansión". En Alemania, "la política económica... el año pasado estuvo dedicada exclusivamente a la restricción". En Italia, "...la producción industrial se redujo dramáticamente principalmente por las drásticas medidas tomadas para corregir el déficit de la balanza de pagos y reducir la inflación". En Japón, "las restricciones crediticias introducidas al final de 1973 contribuyeron significativamente a la caída de la producción".

Como se señalara más arriba, la recesión actual ha sido sumamente efectiva en términos de frenar el alza en los precios de las materias primas, y provocar rápidamente su declinación. También ha reducido significativamente el alza en los precios de los productos industriales, principalmente al reducirse el ritmo de aumento en los salarios nominales gracias al creciente desempleo que afecta a la clase obrera en los países centrales.

Logrados, al menos parcialmente, los objetivos buscados a través de la recesión, los países imperialistas se aprestan, con cierta timidez, a reexpandir sus economías mediante la aplicación de políticas monetarias y fiscales expansivas. Esto debería determinar un alza en el volumen de la demanda de materias primas, y en ese contexto examinaremos las posibilidades de acción de los países dependientes. Sin olvidar sin embargo que la recesión —aun cuando hay límites políticos y económicos a las posibilidades de manipular la demanda efectiva— sigue siendo un arma en manos de los países imperialistas; que cuentan también, como señaláramos antes, con otros instrumentos de presión sobre los países dependientes.

En la próxima sección examinaremos pues las propuestas que se han hecho en favor de un “nuevo orden económico internacional”, para pasar en la siguiente a examinar las reales posibilidades de aplicación de esas propuestas.

VII

Las propuestas adoptadas en la Declaración y Programa de Acción para el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional, así como en otros foros de las Naciones Unidas y reuniones internacionales, no son particularmente novedosas. A partir de la constatación que el comercio internacional, y en general la integración con el mundo capitalista desarrollado, no se constituía en un motor del desarrollo —todo lo contrario— diversos autores e instituciones han propuesto la modificación sustancial de esa integración. Muy en particular la UNCTAD, desde 1964, ha propuesto correcciones en la organización económica internacional que a pesar de ser indiscutiblemente sensatas, y en lo más mínimo contradictorias con la ortodoxia económica vigente en los países capitalistas avanzados, han sido sistemáticamente rechazadas por estos últimos.

La piedra angular de las propuestas de UNCTAD, retomadas por distintos foros como se acaba de señalar, gira en torno a la problemática del comercio. Partiendo de un análisis que identifica —correctamente, pero sin profundizar las causas del fenómeno— el estrangulamiento del sector externo como el freno principal al desarrollo de los países dependientes, se buscan medios para corregir este estrangulamiento. Dos son los medios principales sugeridos para obtener este objetivo: a) la regulación del comercio de materias primas, evitando las fluctuaciones cíclicas y el deterioro secular de los términos del intercambio; b) la diversificación de las exportaciones de los países dependientes, principalmente mediante la expansión de sus exportaciones de productos industriales.

Este último punto, en particular, puede defenderse desde la más impecable lógica ortodoxa a partir de los viejos postulados de la teoría de la división internacional del trabajo. En efecto los países dependientes, debido al bajo nivel del salario real vigente en sus sectores industriales, tienen una clara ventaja comparativa en la exportación de productos industriales

relativamente trabajo-intensivos. De acuerdo a la teoría, el desarrollo de este tipo de exportaciones no sólo debería beneficiar a los países dependientes; especializándose en los sectores de la industria donde gozan a su vez de ventajas comparativas, los países más avanzados también ganarían.

Sin embargo, no lo han entendido así. No sólo no han escuchado las reiteradas exhortaciones a liberalizar el comercio de productos de la industria trabajo-intensiva, sino que, por el contrario, han reforzado sistemáticamente las trabas arancelarias y no arancelarias que dificultan ese tipo de exportaciones desde los países dependientes. Y las excepciones —que no hacen sino confirmar la regla— en lo que hace a las facilidades otorgadas a algunos países o a algunas industrias, pueden ser perfectamente explicadas por razones particulares que atañen a cada caso. La política general de los países centrales ha sido, excepciones aparte, sistemáticamente proteccionista respecto a las exportaciones de productos industriales de parte de los países dependientes.

En lo que hace a la regulación del comercio de materias primas, la actitud de los países imperialistas, ha sido, si cabe, aún más negativa. Se ha insistido también, en lo que hace al comercio, en la necesidad de aumentar el valor de las exportaciones de materias primas por parte de los países dependientes, mediante su procesamiento parcial o total en los países de origen. Los países imperialistas han mantenido, imperturbables, una estructura tarifaria discriminatoria —altas tarifas para los productos procesados, bajas para los productos en bruto— que imposibilita el desarrollo del procesamiento local.

Ultimamente los países del grupo de los 77, e incluso la UNCTAD, han comenzado a desarrollar la idea que la modificación de la actual estructura comercial sólo puede ser realizada a partir de una posición de fuerza: a partir de la formación de carteles de productores, que impongan mayores precios a los productos. Un elemento importante en este orden de ideas, es el estudio de la posibilidad de formar stocks de los distintos productos primarios, lo que facilitaría la regulación de los precios. Igualmente el establecimiento de contratos a largo plazo para la provisión de materias primas, en volúmenes y precios especificados para un número de años determinado; y el establecimiento de mecanismos de financiación compensatorios, que cubran los déficits transitorios producidos por la fluctuación en el volumen o en el precio de las exportaciones de los países del tercer mundo.

Todas estas ideas, hasta hace poco enfrentaban la oposición categórica de los países imperialistas; en particular la formación de carteles de productores se identificaba, y por ahora parece seguir identificándose a un acto de agresión que justifica, incluso la intervención armada.

Siempre en el campo del comercio, los países dependientes proponen ahora lo que se llama la indexación de los precios de las materias primas; o sea el incremento regular de los precios de las mismas *pari passu* con el aumento nominal de los precios de los productos industriales producido por la inflación. Por último, se ha mencionado reiteradamente la necesi-

dad de eliminar las prácticas comerciales restrictivas de las empresas multinacionales, que limitan las posibilidades de expansión comercial de los países dependientes. Quizás no valga la pena reiterar que ninguno de estos pedidos ha recibido respuesta favorable por parte de los países centrales.

Fuera del campo estricto del comercio internacional, las propuestas más importantes de los países dependientes —ninguna de ellas aceptada por el momento— son, a mi juicio, las siguientes:

- a) Incrementar la transferencia de recursos de los países centrales a los países dependientes, hasta alcanzar el nivel del 1% del producto nacional de los primeros.
- b) Modificar la estructura del mercado de fletes y seguros, de manera de permitir a los países dependientes participar en un mayor grado en estas actividades.
- c) Modificar las reglas de juego en lo que hace a transferencia de tecnología, la cual sólo fluye limitadamente y en condiciones sumamente onerosas, de los países imperialistas a los países dependientes.
- d) Ligar la reforma del sistema monetario internacional con nuevos mecanismos de financiamiento a favor de los países dependientes; en particular “vincular” la creación de derechos especiales de giro con créditos otorgados a favor de los países dependientes.

Estos son, brevemente expuestos, algunos de los elementos que constituirían el Nuevo Orden Económico Internacional. Hasta ahora la reacción de los países imperialistas frente a estas propuestas ha sido, como hemos dicho, totalmente negativa. Sin embargo, en la séptima sesión especial de la Asamblea de las Naciones Unidas estos países modificaron, al menos verbalmente, sus posiciones anteriores; y en la reunión de París de Octubre del corriente año, aceptaron la iniciación del diálogo Norte-Sur sobre las bases propuestas por los países dependientes. Discutiremos en la próxima sección la posibilidad de una auténtica modificación en la estructura de la economía mundial, a partir de las nuevas posiciones adoptadas por los países dependientes y los países centrales.

VIII

Es fundamental para esto, no perder de vista la experiencia de las últimas décadas y los instrumentos teóricos que la teoría de la dependencia ha ido elaborando.

Las prácticas restrictivas de los países imperialistas, y sus negativas a aceptar los requerimientos de los países dependientes tienen una larga historia. ¿Se han equivocado estos países sistemáticamente de política, y vuelven ahora a la razón? Es plausible dudarlo.

La teoría de la dependencia, y en particular la teoría del intercambio desigual, explica en gran medida cómo los países imperialistas se benefician del "viejo" orden económico internacional, y cómo la estructura tarifaria y no tarifaria restrictiva, las prácticas comerciales restrictivas, etcétera, constituyen elementos fundamentales en la reproducción de las condiciones que posibilitan la explotación del tercer mundo. No vemos que existan elementos teóricos válidos que nos permitan modificar esta concepción.

Existe sí en la práctica una nueva situación, o mejor dicho se ha puesto de manifiesto, a partir de la crisis del petróleo, que el concepto de dependencia es relativo: los países imperialistas son también, en cierta medida, dependientes.

Es a partir de esta constatación que los países imperialistas entran en el juego de la negociación; no porque sus intereses fundamentales se hayan modificado. Los intereses de los países imperialistas y de los países dependientes son, como se señaló anteriormente, *fundamentalmente* contradictorios. Y es sólo a partir de la comprensión cabal de esta proposición, que los países dependientes pueden encarar una acción válida o una negociación provechosa en el ámbito internacional.

La contradicción fundamental entre países imperialistas y países dependientes se articula a partir de múltiples variables; para mencionar sólo una, la que considero sin embargo la más importante, todo aumento en los precios de los productos que exportan los países dependientes los beneficia, pero perjudica a los países imperialistas.

Esto no significa negar que no existan contradicciones secundarias entre países imperialistas y entre países dependientes; sólo afirmar la importancia crucial de la contradicción que podríamos llamar Norte-Sur.

Si aceptamos esta proposición, se derivan claramente ciertas consecuencias: la negociación sólo puede realizarse a partir de una situación en la cual la correlación de fuerzas se ha modificado, al menos parcialmente en favor de los países dependientes; esta negociación sólo tiene como objetivo legalizar la nueva correlación de fuerzas. Y cuando hablamos de correlación de fuerzas hablamos de fuerzas "reales"; la mayoría numérica en el seno de las Naciones Unidas, por ejemplo, no es más que una fuerza ilusoria.

En todos los ítems que integran la agenda del "nuevo" orden económico; ¿dónde tienen fuerza los países dependientes? Sólo en uno: el monopolio parcial o total de ciertas materias primas, que les permite, en principio, la formación de carteles de productores. En los demás poco pueden hacer; por ejemplo nada pueden hacer respecto a las tarifas que imponen los países imperialistas; respecto a las prácticas comerciales restrictivas o a la transferencia de tecnología, sólo pueden formular estrategias defensivas.

El eje central de la política de los países dependientes, debería girar pues en torno a la utilización del único elemento real de poder con que cuentan: el control de las materias primas, o de ciertas materias primas.

Esto plantea inmediatamente el problema de las contradicciones en el interior del campo de los países dependientes. En efecto, el alza en el precio de las materias primas, de lograrse, nunca sería homogéneo. Algunos países ganarían más que otros, o incluso, como lo muestra el ejemplo del petróleo, podrían ser perjudicados en términos absolutos.

Existen sin embargo ciertos elementos que, a largo plazo, tenderían a debilitar esas contradicciones. Un alza en el precio de las materias primas que exportan los países dependientes, implica una transferencia de recursos de los países imperialistas a los países dependientes; ésto en principio tendría como efecto un aumento en la demanda de materias primas en general, y podría facilitar en consecuencia el incremento en los precios de las materias primas exportadas por los países dependientes que no se hubieran beneficiado por el incremento original.

¿Por qué ocurre esto? ¿Si suponemos que la transferencia de recursos tiene como efecto un aumento en la acumulación de capital en los países dependientes, y una reducción similar en la acumulación en los países imperialistas, esto conduce paulatinamente a una modificación en la estructura de la inversión y en el crecimiento de la producción industrial.

En primer lugar, la inversión en los países dependientes, en principio, da lugar a la ocupación de fuerza de trabajo anteriormente desocupada, o semi desocupada. En cambio la misma inversión en los países imperialistas, transfiere fuerza de trabajo ocupada con capital relativamente poco productivo, a las nuevas máquinas presumiblemente más productivas. En el primer caso, el incremento neto de la producción es claramente superior, superior es por consecuencia el incremento en la demanda de materias primas necesarias para esa producción.

En segundo lugar, es posible que la mayor inversión en los países dependientes se efectúe en máquinas que incorporan una tecnología distinta, para la fabricación de un mismo producto, que las que se hubieren utilizado en los países centrales. Si la tecnología es distinta, lo será porque el producto por hombre es menor, siendo en cambio mayor el producto total (y el empleo) para un mismo valor de inversión. Al ser mayor el incremento del producto total, mayor es el incremento en la demanda de materias primas.

En tercer lugar, la mayor inversión en los países dependientes no tiene por qué efectuarse en las mismas industrias en que invierten prioritariamente los países imperialistas. Estas industrias de "punta", se ha señalado reiteradamente, tienden a consumir menos materias primas por un valor igual de producción, que las industrias más tradicionales. Si se produce pues, una cierta transferencia del volumen total de la inversión mundial, a favor de industrias más tradicionales, esto tendería a incrementar la demanda de materias primas.

Sin embargo es probable que sea insuficiente confiar en los mecanismos indirectos de difusión de las ventajas de un alza de precio de las materias primas, y que sea necesario establecer mecanismos de compen-

sación adecuados si se desea mantener la imprescindible solidaridad entre los países dependientes.

¿En qué tipo de productos pueden los países dependientes establecer carteles de productores, suficientemente eficaces como para forzar un alza en los precios? Las posibilidades son bastante mayores de lo que parece a simple vista, y de lo que el pasado reciente sugiere. Bergston¹⁰ se refiere a una serie de productos donde los países productores han ya iniciado o podrían iniciar acciones para elevar los precios. Menciona bauxita, cobre, fosfato, estaño, café, bananas, hierro, mercurio, té, maderas tropicales, caucho, níquel, tungsteno, cobalto, pimienta y quinina. Por su parte el secretariado de la UNCTAD (documento TD/B/C.1/166) ha identificado 18 productos primarios, de los cuales es técnicamente factible la formación de stocks, y que cubren más del 53% de las exportaciones de productos primarios de los países dependientes excluyendo el petróleo. Estos son: trigo, maíz, arroz, azúcar, café, cacao, té, algodón, yute, lana, fibras duras, caucho, cobre, plomo, zinc, estaño, bauxita, alúmina y hierro.

Estas listas nos dan una primera idea de las posibilidades que aparentemente tendrían los países dependientes. Trataremos de analizar ahora las condiciones generales que en cada caso permitirían una acción efectiva sobre los precios.

En primer lugar, es necesario no perder de vista que la estructura social de los países exportadores es un elemento fundamental en sus posibilidades de acción. En efecto, desde el momento en que lo que se propone es organizar una acción de tipo monopólico en vista de restringir la oferta de productos primarios para forzar un alza en los precios, cabe esperar que coyunturalmente se produzcan reducciones en el valor total de las ventas, y que los países afectados por el alza adopten medidas, comerciales u otras de coerción, como por ejemplo un bloqueo económico. La eficacia de las acciones de restricción de la oferta dependen pues, en gran medida, de la capacidad del país o países en cuestión de soportar adecuadamente situaciones más o menos prolongadas de desequilibrio en el sector externo. No cabe duda que una economía socialista, planificada y que está en condiciones de obtener el apoyo entusiasta de la población si transitoriamente deben aplicarse medidas de austeridad (como por ejemplo el racionamiento de productos importados o que usan insumos importados) está en mejores condiciones de resistir que una economía capitalista dominada por una burguesía débil, incapaz de realizar sacrificios o de exigirlos a la población.

Veamos en segundo lugar, las condiciones económicas que permiten o facilitan la concreción de acciones de tipo monopolio. Las más importantes, a mi juicio, son las siguientes:

- a) La poca o nula sustituibilidad del producto de que se trata. Cuanto menor es la capacidad de los países imperialistas de producir localmente la misma mercancía o un sustituto adecuado, mayores

son las posibilidades de lograr incrementos de precios sustanciales. Es importante no considerar simplemente la sustituibilidad en el corto plazo, sino tomar también en cuenta las acciones defensivas que a más largo plazo pueden adoptar las economías afectadas. Pero también es importante tener en cuenta que la posibilidad de sustituir adecuadamente un producto se reduce cuando la restricción en la oferta afecta a más productos. Por ejemplo, la restricción en la oferta de té o de café sería mucho más efectiva si se restringiera simultáneamente la oferta de ambos y de cacao. El aumento en el precio del petróleo mejora la posición competitiva del caucho natural. Lo mismo ocurrirá con la mayoría de los productos primarios.

- b) Control adecuado de la oferta. Es condición necesaria para la operación efectiva de un cartel, que el mismo comprenda a la totalidad o a la mayoría de los países exportadores. El problema que aquí surge, es el que tradicionalmente se ha observado en la teoría de los monopolios: si bien el cartel puede beneficiar a la totalidad de los participantes, una vez formado cada participante individualmente puede beneficiarse aún más rompiendo las reglas de juego del cartel y expandiendo el volumen de sus ventas a precios mayores a los que regían anteriormente. Es fundamental pues identificar aquellos productos en los cuales una solidaridad efectiva entre productores puede ser lograda.
- c) Posibilidad de constituir stocks. Si bien no es imprescindible el que puedan constituirse stocks de un producto para la restricción de la oferta, es indudable que cuando esto puede realizarse la tarea se facilita.
- d) Establecimiento de mecanismos financieros de compensación. Los carteles se derrumban cuando los participantes, o algunos de los participantes, se encuentran en dificultades. Si por lo tanto, al constituir el cartel, se obtienen adecuadas facilidades financieras que permitan superar las dificultades transitorias que los integrantes, o algunos de los integrantes, puedan sufrir, la estabilidad del cartel se refuerza enormemente.

Esta rápida ojeada a las condiciones que permitirían una acción monopólica exitosa por parte de los países dependientes, nos permite apreciar hasta qué punto la solidaridad entre estos países es una clave fundamental para el éxito. Es necesaria la acción junta de los países productores de una mercancía determinada; esta acción se refuerza significativamente si los productores de un producto sustituto toman acciones similares; más aún si un grupo de países que ya ha tenido éxito en la formación de un cartel (los países productores de petróleo por ejemplo) otorgan facilidades financieras para la constitución de stocks y para sobrellevar las dificultades transitorias que un nuevo cartel puede tener que enfrentar. Sin

contar los efectos indirectos que, como habíamos señalado anteriormente, el alza en el precio de ciertos productos puede tener sobre la demanda de otras materias primas.

El establecer un nuevo orden económico internacional, de ser posible —pues no podemos olvidar las debilidades de los países dependientes, que señaláramos en la primera sección de este trabajo—, pasa pues fundamentalmente por la concertación entre los países dependientes en vistas a utilizar el poder monopólico de que disponen. Esto puede ser interpretado como un llamado a la confrontación y en efecto lo es. Los intereses de los países imperialistas son contradictorios con los intereses de los países dependientes, y es inútil esquivar esa realidad; tal como son contradictorios los intereses del capital y del trabajo.

La confrontación no excluye por supuesto la negociación. Una vez obtenido el éxito, a partir de una posición de fuerza, es posible negociar. Por ejemplo un cartel eficaz, puede ofrecer expandir la oferta en tanto y en cuanto los países importadores permitan el procesamiento del producto en los países exportadores. O globalmente los países dependientes pueden ofrecer garantizar ciertos volúmenes de oferta, a cambio de mejores condiciones de acceso a la tecnología de los países imperialistas, a los mercados de productos manufacturados, etcétera. Es decir el conjunto de demandas que reiteradamente han efectuado los países dependientes, sin obtener ningún resultado, pueden ser en cambio eficazmente negociados si previamente los primeros logran modificar la posición de fuerza relativa en que hasta ahora se han encontrado.

IX

Hasta qué punto los países del tercer mundo adoptarán una agresiva política nacionalista, formando unilateralmente carteles de productos a fin de incrementar los precios de sus productos de exportación, y tratando luego de extender su control sobre los medios de producción y comercialización de esos productos, es difícil decir.

Por un lado, el pasado reciente y las propuestas “oficiales” presentadas permiten dudar de que exista una verdadera vocación de enfrentamiento. Históricamente los acuerdos de productores de materias primas tuvieron éxitos muy limitados, y desaparecieron al cabo de cierto tiempo. Hoy en día subsisten tres acuerdos, para el café, el azúcar y el estaño. Sin embargo no son el tipo de acuerdos que hemos discutido en este trabajo; en los mismos participan los países consumidores, y sus objetivos se limitan a tratar de estabilizar los precios y no a incrementarlos. Los países exportadores de caucho, té y fibras duras hace varios años que tratan de constituir acuerdos de productores sin haber alcanzado ningún resultado concreto.

En lo que hace a propuestas “oficiales” para reordenar los mercados de materias primas, la más elaborada es la que el secretariado de la

UNCTAD presenta como elemento de discusión para la próxima UNCTAD IV que debe comenzar en Mayo en Nairobi. Esta propuesta consiste en lo esencial en formar un fondo financiero y un ente regulador que se encargaría de controlar los precios de diez materias primas "fundamentales", mediante la formación de stocks financiados con los recursos del fondo. Aquí también se sugiere que deben participar los países importadores junto con los exportadores. Pero lo que es más importante, la formación de stocks reguladores de precios no implica un intento de modificar la tendencia a largo plazo de los precios; un stock sólo podría lograr eso si creciera indefinidamente, lo que es evidentemente absurdo. El objetivo del ente y el fondo propuesto sólo puede estabilizar los precios, lo que no constituye un intento mayormente radical de modificación del orden actual.

Pero por otro lado los éxitos que algunos carteles han obtenido, y la creciente conciencia de que otros podrían tener éxito, necesariamente debería llevar a los países de la periferia encarar el tipo de acciones sugeridas en este trabajo. Por muy aliadas al imperialismo que sean las clases dominantes en muchos países dependientes, no pueden dejar de percibir que un incremento en los precios de sus exportaciones les representa un beneficio directo e inmediato.

Y la posibilidad de obtener incrementos en los precios entiendo que es significativa. No existen estudios empíricos a fondo sobre la situación en los distintos mercados de productos de materias primas —lo que da que pensar—. Pero un estudio relativamente sumario recientemente publicado, y que no toma en cuenta la posibilidad de acción colectiva de muchos países en los mercados de muchos productos —lo que como señalamos más arriba podría ser un elemento crucial para alcanzar el éxito—, señala que la formación de carteles tiene razonables posibilidades de éxito en productos tales como: bauxita, cobre, bananas, cacao, café, hierro, fosfatos, pimienta y especies, caucho, azúcar, estaño y lana.¹¹

Sea cual sea el futuro de los carteles de productores y de los precios de las materias primas, quedaría por examinar qué efectos socio-económicos globales podría tener el alza de los mismos.

Cabe señalar de inmediato que el alza en los precios de las materias primas no significa, ni de lejos, el fin de la dependencia, Irán y Arabia Saudita, por ejemplo, siguen firmemente integrados a la órbita occidental. Ciertamente su rol se ha ampliado; pero no en el sentido de cuestionar el orden imperialista. En el plano militar sus extraordinariamente ampliados aparatos militares se ocupan de preservar la "seguridad" en la zona del Golfo, tarea que anteriormente tenían a su cargo las tropas inglesas. En el plano económico, la ayuda que otorgan a otros países del tercer mundo, particularmente Egipto, no tiende precisamente a fomentar un tipo de desarrollo autónomo y una política económica de liberación.

El uso interno de los recursos de que disponen los países de la OPEP tiende en la mayor parte de los casos a formular una nueva forma de

dependencia. Aparte del despilfarro fabuloso de recursos, excluyendo el gasto en armamentos, los recursos que finalmente se invierten generan una doble dependencia. Por un lado, se invierte en industrias altamente capital intensivas y con tecnologías totalmente importadas. Esto *refuerza* los vínculos de dependencia, ya que la continuidad en el funcionamiento de ese tipo de industrias depende de que se mantenga el flujo de know-how occidental e incluso de personal capacitado del mismo origen. El pago por esos servicios esenciales requiere la continuidad de las exportaciones de petróleo, lo que tiende a hacer perder a los países de la OPEP el poder de mercado que habían adquirido. Por otro lado, por el tipo de productos que elaboran y dado el perfil de la demanda interna generada por una distribución totalmente desigual del ingreso, el grueso de la producción de las nuevas industrias deberá dirigirse a los mercados occidentales; una nueva forma de monoproducción para la exportación.

Cabe mencionar a este respecto que, en la medida en que los recursos obtenidos por el mayor precio del petróleo —u otras materias primas— se malgastan en lugar de ser invertidos, o se inviertan en industrias de tecnología avanzada y altamente capital intensiva, los efectos positivos indirectos de difusión de un alza en el precio de una materia prima sobre el resto de los productores de materias primas —que mencionáramos en la sección VIII— no tendrían lugar.

Los beneficios que reciben las masas empobrecidas de los países dependientes del alza en el precio del petróleo —y que recibirían de incrementos similares en otras materias primas— son en general limitados. La mayor parte de la nueva riqueza es apropiada por la burocracia estatal y por la burguesía local que se enriquece extraordinariamente. Naturalmente que ciertos beneficios se filtran lentamente hacia los nuevos obreros —pocos— que ocupan las recientemente creadas industrias, hacia los obreros de la construcción que se desarrolla velozmente, hacia las masas urbanas que comienzan a gozar de algunos servicios sociales, y mucho más lentamente hacia las masas campesinas.

En el plano político la retórica nacionalista y los nuevos recursos adquiridos refuerzan extraordinariamente el poder del estado. Y es evidente que en muchos casos ese reforzamiento no contribuye precisamente a una ruptura de la dependencia —para tomar casos quizás un poco extremos pero no excepcionales, basta mencionar Indonesia, Arabia Saudita e Irán—. Y mucho menos a una modificación interna revolucionaria de la estructura social.

En los países avanzados los efectos del aumento en el precio del petróleo y eventualmente de otras materias primas pueden ser también ambiguos.

Por oposición con lo que ocurre con los Estados de los países beneficiarios, el poder de acción de los estados de los países imperialistas tiende a debilitarse. Esto en un momento en que el poder de los mismos se encuentra fuertemente cuestionado, particularmente el poder de los Estados Unidos por imponer su voluntad a escala mundial e incluso en el

interior de la alianza occidental. Testimonio de lo antedicho es la derrota americana en Viet-Nam, Camboya y Laos; la inestabilidad del resto del sudeste asiático y la incapacidad del gobierno yankee para intervenir en la región; la derrota yankee y sudafricana en Angola; la debilidad del poder racista blanco en el sur de África; la inestabilidad en el sur de Europa; etcétera.

Los efectos sobre el nivel de salarios reales vigentes en los países desarrollados tiende sin duda a ser negativo, coincidiendo esto con un período de reivindicaciones crecientes de la clase obrera de esos países. Esto sin duda puede exacerbar las contradicciones en el centro, pero es poco plausible pensar que el deterioro en las condiciones de vida de la clase obrera tiene necesariamente efectos revolucionarios. Por otro lado, la burguesía puede, y ya lo está haciendo, atribuir ese deterioro —que en última instancia es provocado por la misma burguesía que traslada a los precios los mayores costos de los insumos importados— a las acciones de defensa de los precios que llevan a cabo los países de la periferia. Esto puede conducir a fomentar el chauvinismo y el nacionalismo de ciertos sectores de la clase obrera, y contribuir a reforzar una alianza de clases “defensiva” donde la clase obrera se subordina a la burguesía.

Por último, como habíamos señalado anteriormente, el poder de las grandes corporaciones transnacionales puede verse reforzado. Y como ha sido señalado por numerosos autores, el control de la actividad económica por ese tipo de corporaciones, constituye el camino más seguro hacia un mundo enajenado no muy distinto del 1984 imaginado por Orwell.

En síntesis pareciera que el alza del precio de las materias primas debería en promedio, desde el punto de vista de las fuerzas progresistas, tener consecuencias negativas, y que éstas por lo tanto no debieran tratar de fomentarlo. Sin embargo creo que esta sería una conclusión totalmente errónea.

En primer lugar, existe un argumento de orden ético. La relación de precios entre países exportadores de materias primas y países industrializados no está determinada por impersonales fuerzas de mercado, por la oferta y la demanda, por los “costos” de producción, o cosas similares. Es sencillamente la consecuencia del mayor poder de los países industrializados, y de la aplicación de ese poder —a través de una amplia gama de mecanismos— para obtener términos del intercambio favorables. Este es un fenómeno esencialmente injusto, y como tal debe ser denunciado y de ser posible revertido. Que la reversión del fenómeno no necesariamente solucione las injusticias existentes en el interior de los países dependientes, no modifica en nada la fuerza del argumento.

En segundo lugar, algunos de los países exportadores de materias primas tienen regímenes razonablemente progresistas —Argelia, Somalia, Irak, etcétera— o moderadamente reformistas —México—. En estos casos las modificaciones en el orden internacional pueden contribuir a profundizar el reformismo de algunos de esos regímenes o a radicalizar los más

progresistas. Son estos países por otro lado los que están a la cabeza del movimiento reivindicativo del Grupo de los 77, y sería evidentemente absurdo descalificar sus esfuerzos por el hecho de que de tener éxito no todos sus efectos serían positivos.

Tercero, existen varios países socialistas exportadores de materias primas que pertenecen al Grupo de los 77 y que también están a la cabeza del movimiento e intentan radicalizarlo y profundizarlo. El caso más notable es naturalmente Cuba. Pero otros países socialistas o en transición hacia el socialismo —por ejemplo China y Angola— se verían sustancialmente fortalecidos por un incremento en los precios de las materias primas, y nadie puede negar los efectos positivos que esto tendría sobre el movimiento revolucionario mundial.

Cuarto, como señalamos más arriba, aun si esto ocurre en pequeña escala cuando el alza en los precios beneficia a regímenes reaccionarios o semif feudales, las poblaciones de esos países reciben ciertos beneficios. No vemos cómo los sectores progresistas pueden oponerse a que una parte de las masas más empobrecidas del mundo mejore en algo su situación.

Y por último, ya hemos visto la fuerza con que el sentimiento nacionalista ha operado todo a lo largo de la historia del capitalismo. Los sectores revolucionarios no pueden dejar esas banderas en manos de grupos burgueses o semif feudales; todo lo contrario deben profundizar las reivindicaciones nacionalistas, ligándolas naturalmente con las reivindicaciones sociales.

En conclusión las fuerzas progresistas deben apoyar decididamente los movimientos reivindicativos del tercer mundo en pro de un "nuevo orden económico internacional", sin dejar de señalar que esto no implica que deja de ser prioritario la reforma de las estructuras económico-sociales. Lo que es más debe insistirse en que un auténtico "nuevo orden económico internacional" sólo podrá lograrse plenamente una vez producidas esas transformaciones estructurales, y que éstas a su vez pueden facilitarse y acelerarse en la medida en que se modifican las relaciones internacionales.

- 1 Usaremos indistintamente las expresiones países dependientes, del tercer mundo, menos desarrollados, etcétera, para referirnos a los países del Grupo de los 77.
- 2 Ver, Surendra J. Patel, *Collective Self-Reliance of Developing Countries*, *The Journal of Modern African Studies*, 13, 4, 1975, p. 580; y el *Financial Times* del 8-3-1976, p. 23.
- 3 Tom Nairn, *The Modern Janus*, *New Left Review*, No. 94, Noviembre/Diciembre de 1975, p. 3.
- 4 Nairn, *op. cit.*, p. 11.
- 5 Nairn, *op. cit.*, p. 11.
- 6 Nairn, *op. cit.*, p. 11.